

Economía contracorriente

ANTOLOGÍA DE DAVID ANISI

**Edición de
Rafael Muñoz de Bustillo
y Fernando Esteve**



COLECCIÓN ECONOMÍA CRÍTICA Y ECOLOGISMO SOCIAL

CONSEJO ASESOR:
SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA
CARLOS BERZOSA
ÓSCAR CARPINTERO
CRISTINA CARRASCO
ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS
JORGE RIECHMANN

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© DE LA INTRODUCCIÓN: RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO
Y FERNANDO ESTEVE, 2010

© CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL), 2010
DUQUE DE SESTO, 40
28009 MADRID
TEL. 91 576 32 99
FAX. 91 577 47 26

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2010
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

ECONOMÍA CONTRACORRIENTE. ANTOLOGÍA DE DAVID ANISI

ISBN: 978-84-8319-562-8
DEPÓSITO LEGAL: M-49.864-2010

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Rafael Muñoz de Bustillo y Fernando Esteve 11

INTRODUCCIÓN. DAVID ANISI (1949-2008). UN ECONOMISTA
DE NUESTRO TIEMPO Y LUGAR, por Rafael Muñoz de Bustillo
y Fernando Esteve 13

SOBRE ESTA ANTOLOGÍA 55

PRIMERA PARTE. COMO ECONOMISTA TEÓRICO 57

INTRODUCCIÓN 59

LA MACROECONOMÍA AL COMIENZO DEL SIGLO XXI:
UNA REFLEXIÓN SOBRE EL USO Y POSTERIOR ABANDONO
DEL LLAMADO KEYNESIANISMO 65

CAMBIO TÉCNICO Y FORMAS DE VIDA 92

SEGUNDA PARTE. COMO ECONOMISTA POLÍTICO 117

INTRODUCCIÓN 119

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA 123

**LA REDUCCIÓN DE LA JORNADA DE TRABAJO:
UNA EVALUACIÓN TEÓRICA 164**

LA TEORÍA ECONÓMICA DEL CRECIMIENTO 202

TRES 215

TERCERA PARTE. COMO ECONOMISTA MORAL 243

INTRODUCCIÓN 245

**LA CONCENTRACIÓN VERTICAL DEL PODER: EL PREDOMINIO
DEL MERCADO 248**

EL ANÁLISIS DE LA EXCLUSIÓN 264

PARADOS ESTÁN SÓLO LOS MUERTOS 288

MANDARINES Y PUENTES 293

LOS PAPELES SUCIOS Y EL METAL REDONDO 299

LA OLA DE CONSUMISMO QUE NOS INVADE 304

LAS ZAPATILLAS ROJAS 310

EL PESCADOR Y SU MUJER 315

EL RUISEÑOR 319

TRES DESEOS 324

PUBLICACIONES DE DAVID ANISI 327

INTRODUCCIÓN

DAVID ANISI (1949-2008). UN ECONOMISTA DE NUESTRO
TIEMPO Y LUGAR

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

La tarea de unos editores que se enfrentan a la misión de ordenar y dar sentido y perspectiva a la entera obra intelectual de un autor sin que, desgraciadamente, puedan contar con él, es siempre difícil, problemática y sujeta a crítica. En este caso concreto, además, es particularmente complicada dadas las peculiaridades de la obra de David Anisi.

David Anisi no fue un economista académico al uso, o mejor, a la usanza que hoy lamentablemente se está generalizando, que, por un lado, está convirtiendo a los economistas académicos en unos investigadores de lo económico-social crecientemente y paradójicamente aislados de ese mismo mundo socioeconómico (aislamiento este tan extremo que llevó a una corriente crítica que arrancó en las quejas de los estudiantes de Economía de la Sorbona parisina a calificar a la Economía que se les enseñaba como *autista*)¹, y, por otro, les está llevando a convertirse en estudiosos tan especializados que llegan a hacer cierta aquella conocida frase de Bertrand Russell en la que concluía que la dinámica de la especialización conduce inexorablemente a saberlo *todo* sobre *nada*.

Pues bien, David Anisi ni fue un economista aislado de la problemática realidad económica y social ni buscó una especialización que incurriese en la *barbarie del especialismo* como tan adecuadamente la calificara y denunciara Ortega y Gasset. Todo lo contrario.

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

En su trayectoria, David Anisi se movió tan al margen como lo pueda estar un académico de las normas y obligaciones conductuales explícitas e implícitas prescritas en lo que se suele llamar “academia”, algo por cierto que, curiosamente, en aquellos tiempos, ahora tan glosados de la transición política en España, era sin duda más factible de lo que lo parece serlo en la actualidad cuando sutilmente, bajo el seductor disfraz de la persecución y estímulo de la eficiencia y excelencia docente e investigadora, se está colando como de matute todo un sistema de presiones más o menos explícitas o directas que empujan a los economistas a transitar, si quieren medrar económica y social e institucionalmente, por las vías ya mencionadas: el solipsismo intelectual y la especialización microscópica; presiones que, de modo efectivo, están paulatinamente dejando sin contenido práctico la presunta libertad de investigación y estudio que se proclama y es consustancial con la vida académica.

Sin embargo, pudo hacer e hizo un buen uso de esa libertad, ejercicio que para él era uno de los elementos centrales y pieza básica de su vida intelectual. Como declaró explícitamente en la entrevista que Feliciano Fidalgo le hiciera para el diario *El País* en 1996, al definirse como “alguien con la fortuna de poder pensar en libertad”. Al permitirse dejarse llevar por esa libertad de pensar, no por cierto de modo azaroso o inconsecuente, sino de modo riguroso y controlado para no caer en una actitud *dilettante*, David Anisi pudo explorar campos muy diversos del saber económico y social, en algunos casos en el núcleo de la Teoría Económica y, en otros, casi en los márgenes de ésta tal y como hoy los definen la mayoría de los economistas académicos. La consecuencia de ese ejercicio libérrimo pero autocontenido de la libertad de pensar es una obra diversa y, también, dispersa, que hace difícil la tarea de seleccionar y reunir en un solo volumen aquellos trabajos que puedan ser más relevantes para el lector actual.

Sin embargo, si bien se mira, esa evidente “dispersión”, seguro que no planificada por él de antemano, es más aparente que real, pues estaba sin duda guiada por algunos principios rectores que permiten reconocer claramente su obra *como suya*, dotándola de un claro carácter de unidad, de una clara coherencia. El primero de

estos principios vertebradores, que ya hemos mencionado más arriba, y que merece la pena recalcar, es la libertad y la valentía para pensar fuera de los cánones establecidos cuando fuera necesario, junto con la habilidad para aprovechar aquellas herramientas analíticas de la Teoría Económica con mayor potencial explicativo. Frente a tantos economistas que se presumen de alternativos respecto al saber económico más convencional y dominante, pero que frecuentemente esconden bajo esa presunción una pobreza conceptual que vuelve a sus argumentos y opiniones en presa de fácil descalificación y crítica, hay que recalcar que David Anisi nunca fue un pensador *débil*, en el sentido de permitirse incoherencias, ambigüedades o debilidades a la hora de la definición y exposición de los conceptos que usaba así como con los requerimientos lógicos de la argumentación. Anisi fue siempre un trabajador intelectual riguroso y exigente consigo mismo. Y éste es el segundo principio que guió sus tareas intelectuales. La naturaleza divulgativa de muchos de sus trabajos, otra de las características de su obra, junto con el rechazo de *cierta* Teoría Económica que se miraba el ombligo y que se había convertido en autorreferencial, solipsista, pudiera llevar a algunos a olvidar tanto el rigor subyacente y sutilmente encubierto de sus trabajos más populares, así como la existencia de otra línea de investigación, a menudo etapa previa de sus trabajos más conocidos, de mayor profundidad teórica y virtuosismo analítico.

Un tercer principio que dirigió su vida intelectual viene perfectamente definido en la interpretación moderna de la vieja máxima de Publio Terencio Africano, “nada de lo humano me es ajeno”, que —sabemos— tanto le gustaba. Su programa de investigación no estaba cerrado ni fijado por aquello que se consideraba importante dentro de la profesión, sino que su sensibilidad y permeabilidad a lo social guió siempre su preocupación intelectual. Esta actitud es la otra cara de su faceta más divulgativa. Una actitud que le obligó siempre a transitar un doble camino: el de ida, que iba desde la sociedad a su mesa de trabajo, camino previo al de vuelta, el que llevaba desde sus cuartillas, primero, y pantalla de ordenador, después, hacia la sociedad.

Un cuarto principio que informa su trabajo es una perspectiva del mundo, del hombre y de lo que se puede hacer en la sociedad

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

humana, que, paradójicamente, es a la vez utópica y realista. Como economista, David Anisi se movía en el mundo de las restricciones, de lo que no se podía hacer, de ese "realismo" trágico que ha llevado a los economistas a aceptar el adjetivo de ciencia lúgubre que Thomas Carlyle (1795-1881) pusiera a la Economía². Pero, sin embargo, también como economista, sabía del poder de las personas en grupo, cuando actúan cooperativa o conjuntamente para solventar de forma progresista los problemas a los que se enfrenta la sociedad en la búsqueda de un paraíso (con minúsculas) en este mundo terrenal, aquí y ahora. Esa combinación hace de sus textos obras especialmente combativas que aúnan la descripción y el análisis de los hechos con la propuesta de cambio.

Por último, comparada con la de otros miembros de la academia, podría pensarse que la obra de David no es muy extensa. Ciertamente, y ello tiene una doble explicación. Uno de los aspectos más lamentables de la moderna "academia" es su recurso a medir el valor del trabajo intelectual de sus miembros *al peso*, o sea, por el número de artículos reconocidos en unos supuestos índices de calidad intelectual dominados por el pensamiento y las formas anglosajonas³. David Anisi, para bien o para mal, nunca entró en este juego del "publica o perece" que hoy, lamentablemente, se marca a fuego en las almas y cerebros de quienes con mayor o menor ingenuidad empiezan su carrera investigadora. En segundo lugar, dado que ni a los mayores de los genios se le ocurren ideas dignas de su genialidad todos los días, la obligación explícita de publicar conduce a una frenética actividad por parte de los *académicos* de búsqueda de *huecos* que faciliten una publicación, y a esconder bajo la apariencia de variedad o de riqueza intelectual variaciones meramente formales sobre un mismo tema o con una misma metodología, donde el tema lo elige no su relevancia, sino su mayor o menor posibilidad de publicación. David, al contrario, optó por concentrar sus esfuerzos en un número reducido de ideas potentes conceptualmente y socialmente relevantes, que lanzó sin pretender revestirlas de novedad utilizando los medios de comunicación más diversos con la finalidad de que alcanzaran sus objetivos: alterar la forma de comprender los problemas económicos básicos y facilitar los medios para afrontarlos.

INTRODUCCIÓN

Estos principios rectores del trabajo de David como científico social tomaron forma en unos lugares y unos tiempos concretos: los lugares y tiempos en que se desarrolló su vida, que son los de las sociedades occidentales de posguerra en general y, en especial, los de la sociedad española con sus peculiaridades de retraso económico y social y ausencia de libertades en una primera parte de su vida y de búsqueda de nuevas reglas de convivencia tanto políticas como socioeconómicas en la segunda.

Puestos a destacar algunos de los más claros problemas de la época, a los que David Anisi dedicó su tiempo y esfuerzo, podemos señalar los siguientes: en primer lugar el problema del subdesarrollo, que hace su eclosión en el mundo académico en las décadas de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, cuando los procesos de descolonización posteriores a la Segunda Guerra Mundial hicieron aflorar, gracias a la aparición de los nuevos actores mundiales, que son las naciones recientemente independizadas, un problema que antes era casi invisible para la Teoría Económica y para el mundo en general. En segundo lugar, y dentro de las economías avanzadas, un problema que con el paso del tiempo se ha revelado pertinaz como aquella sequía proverbial de la posguerra española: el desempleo masivo. No es exagerado decir que el estudio de los mecanismos que impidan la vuelta a situaciones de desempleo masivas como las que caracterizaron a la mayoría de los países occidentales en los años treinta ha sido y es uno de los ejes centrales de la investigación económica. En la actualidad, cuando es tan frecuente oír de la necesidad de una vuelta a Keynes, cuando es habitual autodeclararse keynesiano o por lo menos respetuoso con las ideas keynesianas, es fácil olvidar que durante las anteriores tres últimas décadas, el así hacerlo, si no llevaba a la marginación y al desprecio intelectual, sí que era casi segura garantía de una condena al ostracismo y la soledad académicas. Una tercera problemática de la época era la preocupación por la desigualdad desde la triple perspectiva de su importancia intrínseca *per se*, por razones éticas o morales, y por sus implicaciones para el buen funcionamiento de una sociedad, incluyendo sus efectos macroeconómicos y su relevancia para el bienestar y malestar social.

A todos estos problemas David Anisi trató de dar respuestas desde una perspectiva que se puede agrupar bajo la denominación

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

de “Economía crítica”, de la que tendremos ocasión de hablar de forma más detallada en las páginas siguientes. No obstante, y a modo de avance, esta perspectiva crítica estaba informada por: 1) una visión keynesiana a la hora de entender el funcionamiento económico de las economías de mercado, que en la medida que enfatiza la importancia de la distribución sobre la determinación de los niveles de empleo y el crecimiento económico potencial en cada momento podemos denominarla como postkeynesiana; 2) la importancia del *poder* y del sistema de *valores* a la hora de convertir un marco macroeconómico dado en un entorno microeconómico que afecta a los niveles de bienestar de los diferentes individuos y clases sociales. Ello implica teñir la visión postkeynesiana de un enfoque radical o alternativo donde la influencia de autores como Michal Kalecki (1899-1970), John Kenneth Galbraith (1908-2006) o Kenneth Boulding (1910-1993) era determinante; y 3) en consonancia con lo anterior, una metodología en su forma de construcción intelectual que se aleja del *individualismo metodológico* dominante en la Teoría Económica que concibe a los individuos como seres básicamente libres de perseguir sus objetivos o preferencias con la sola limitación de la *cantidad* de recursos a los que tienen acceso, por lo que entiende todo el entramado económico y social como fruto de espontáneo de las interrelaciones interindividuales. Para David Anisi, por el contrario, el papel de los individuos no era ni mucho menos tan determinante de lo económico y social. No es que los individuos no fuesen libres de decidir o de elegir, sino que, primero, ese ámbito de libertad de sus elecciones y decisiones no era el mismo para todos, puesto que no sólo dependía de la *cantidad* de sus recursos, sino de de su *calidad*⁴, es decir, de la clase económica y social a la que se adscribían los individuos; y, segundo, los objetivos de los individuos estaban definidos tan radicalmente por el marco externo de relaciones económicas, sociales, políticas y valorativas de tipo macro o general en que se desenvolvían sus vidas, que todo ello cuestionaba la pertinencia de partir acríticamente, como hace el individualismo metodológico, de los individuos aislados y sin cualificar a la hora de proceder a la construcciones analíticas.

EL ORDEN DEL DISCURSO

Como se ha señalado más arriba, la obra escrita de David Anisi abarca una variedad de temas y lo hace además para un público muy diverso, pues en ella hay desde textos complejos dirigidos específicamente a economistas académicos hasta intervenciones en la prensa elaboradas para el gran público. Ello hace necesaria, pero extremadamente difícil, tanto la ordenación de sus obras como la selección de aquellas representativas que son las tareas a las que se ha de hacer frente en una antología. Empezando por la primera de ellas, creemos haber encontrado un criterio de ordenación, un hilo conductor, que probablemente contaría con la aprobación del autor.

En efecto, no es difícil percibir la presencia de una curiosa simetría, una simetría inversa o especular, entre la evolución de su obra y la propia historia intelectual de la Economía como saber sobre el mundo económico y social. La reflexión sobre el comportamiento económico de las sociedades es muy antigua y arranca, como todo, de la Antigüedad Clásica. Pero no se asuste el lector, no nos vamos a remontar a Aristóteles para acabar hablando de David Anisi.

DE LA ECONOMÍA MORAL A LA ECONOMÍA POLÍTICA

La reflexión económica ha estado tradicionalmente muy apegada al tiempo y las formas de ordenación económica y social de los lugares donde se desarrollaban, por lo tanto para los intereses de este trabajo no será necesario remontarse hasta el mundo griego y romano y bastará con trasladarnos a la época de la consolidación de la economía de mercado, mucho más cercanos a nuestro propio tiempo. Los historiadores económicos señalan que en lo que se conoce como el *Antiguo Régimen*, ese periodo histórico que finaliza entre el siglo XVIII y XIX, las economías occidentales son fundamentalmente economías agrarias en las que el autoconsumo en las comunidades locales es dominante y donde los mercados urbanos ocupan un papel visible, relevante y creciente, pero relativamente marginal al entero sistema económico en la medida de que no están integrados plenamente entre sí en una red a escala nacional y, ya no digamos, global⁵. En este contexto histórico, la regulación de "lo

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

económico” estaba necesariamente basada prioritariamente en sistemas consuetudinarios, en normas sociales detalladas que regulaban y prescribían con la autoridad que emanaba de la tradición y del poder político y religioso los comportamientos individuales. No olvidemos aquí, por otro lado, que la ideología dominante en ese periodo en el mundo occidental consideraba que, en ausencia de estas normas, el comportamiento de un ser humano, definido esencial e inevitablemente como *pecador*, conduciría a un resultado de caos y violencia incompatible con el mantenimiento del orden social. En consonancia con esta visión, no es de extrañar que las reflexiones sobre el quehacer económico de aquéllos que se ocupaban de tales asuntos puedan ser agrupadas bajo la denominación de “Economía moral”, siguiendo a E. M. Thompson (1979)⁶. Pues, desde esta perspectiva, se hacía hincapié en la importancia de la existencia de normas y de su cumplimiento para la existencia y supervivencia de la comunidad en el tiempo y, por lo tanto, de los individuos que la forman y sus descendientes. Normas que, de igual manera, debían regular y limitar el comportamiento de las personas en los mercados y, por lo tanto, también el funcionamiento de éstos —recuérdese, por ejemplo, la prohibición de la usura, de los préstamos a interés, característica de la Edad Media tanto en el mundo cristiano como en el islámico—. Para los economistas morales o moralistas, por decirlo en una palabra, el funcionamiento libre de los mercados podría poner en peligro el funcionamiento de las propias comunidades, en la medida que abría las puertas al comportamiento desenfrenado de los individuos inevitablemente malos y pecadores⁷.

Esta Economía moral del Antiguo Régimen irá desapareciendo progresivamente conforme los cambios técnicos en los medios de transporte y los mecanismos de división del trabajo que glosara Adam Smith potencien el aumento de la productividad y la integración de los mercados, con un resultado sorprendente para esos economistas moralistas, ya que, en vez de traducirse en el caos y en la inestabilidad social, el resultado es —al menos en una sustancial parte— el opuesto: los niveles de renta per cápita crecen y la paulatina desaparición de las instituciones comunales da lugar a un orden socioeconómico distinto y multipolar, el definido por un sistema de

mercados interrelacionados. En opinión de Thompson, tales cambios supusieron la “desmoralización” de la Economía y ello no porque Smith, sus colegas y los que más adelante serían los economistas fueran amorales, inmorales o no se interesaran por el bien público, sino porque “limpiaba a la economía de imperativos morales intrusos” (*op. cit.*, p. 79)⁸.

Esta transformación económica que viene asociada a la consolidación del mercado como institución dominante de la regulación de las economías supuso también una mutación en la forma de entender el funcionamiento económico de la sociedad y el papel del libre albedrío económico, por decirlo de alguna manera, en el mismo. Paralelamente al proceso histórico de generalización y profundización de la economía del mercado se produce, como no podía ser menos, una mutación en la forma de reflexionar sobre lo económico. Es la corriente intelectual que se conoce como Economía política clásica, que sustituye en fondo y forma⁹ a la Economía moral, cuyo punto de partida es la obra de Adam Smith *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776. Este libro, considerado como punto de partida de la Economía como ciencia, se construye en torno a lo que se ha denominado “conjetura de la mano invisible”. Según esta visión, a diferencia de los economistas morales o moralistas, la moralidad no tiene ningún papel dentro de la economía (Hirschman)¹⁰, ni es necesaria para el correcto funcionamiento del mercado¹¹. En unos mercados competitivos, cada agente, persiguiendo su propio y egoísta interés, actuaría como guiado por una mano invisible que permitiría alcanzar el mejor resultado posible. A partir de aquí, los sucesivos economistas intentarían comprobar la validez analítica y empírica de esta conjetura y a ello dedicarían prácticamente la totalidad de su energía. Esta preocupación es, sin embargo, una preocupación muy apegada al momento histórico en el que escriben estos autores. Y de ahí, definirse como economistas *políticos*, pues persiguen un objetivo político: alterar desde las instituciones políticas el entramado regulatorio que inhibe el desarrollo económico de la *polis*. Dicho con otras palabras, la Economía se *desmoraliza*, pero se *politiza*. Un caso extremo y paradójico de esta “politización” de la Economía lo es el último de los grandes economistas clásicos,

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

Karl Marx (1818-1883), cuya reflexión a partir de la constatación de las consecuencias tan destructivas para las clases trabajadoras de la industrialización le lleva a proponer la superación de la economía de mercado como sistema de organización social.

DE LA ECONOMÍA POLÍTICA A LA CIENCIA ECONÓMICA

El siguiente paso en la historia intelectual de la Economía lo dieron en la década de 1870 un conjunto de economistas, Jevons, Walras, Edgeworth, Menger, que suponen un radical cambio de perspectiva, la conocida como *revolución marginalista*, tanto con respecto a lo que es la Economía como disciplina como con respecto a la realidad económica. Si el propósito hasta entonces había sido conocer las fuentes de la riqueza de las naciones y su distribución y la articulación de una política económica congruente con el objetivo de mantener el proceso de crecimiento experimentado en los países que habían protagonizado las distintas fases de la revolución industrial, ahora el objetivo a nivel teórico pasa a ser la elaboración de una reflexión "científica" sobre el funcionamiento de la economía de mercado, entendiendo por científica una construcción intelectual ahistórica y atemporal, meramente deductiva, analítica y libre de juicios de valor, buscando emular así a la Física, la reina de las Ciencias Naturales. No hay mejor signo de esta transformación que la defensa del abandono de la expresión Economía política propugnada por Alfred Marshall¹² (1842-1924), sustituyéndola por la completamente aséptica y neutral, *Economía*, *Economics*, que desde entonces ha sido el término utilizado para referirse a las construcciones mentales de los economistas que se llaman a sí mismos científicos¹³.

Esta visión de la economía, a la que se conocerá con el paso del tiempo con la denominación de Economía neoclásica, se convertirá en el paradigma dominante para la mayoría de los economistas hasta que la Gran Depresión obligue, aunque sea a desgana, a incorporar algunas innovaciones haciendo buena una vez más la máxima de Giuseppe Tommaso di Lampedusa en *El Gatopardo*: cambiar algo para que permanezca lo esencial. Ello es así, ya que, como es conocido, el corolario central de la Economía neoclásica es la demostración de la suficiencia del mercado para realizar todas las

tareas de coordinación social necesarias para asignar los recursos económicos de la sociedad de forma eficiente y garantizar el mejor de los resultados posibles, salvo en aquellas circunstancias de carácter *microeconómico* descritas como “fallos del mercado”¹⁴. Pero, con arreglo a su metodología, los problemas macroeconómicos o agregados en una economía de mercado —si los hay— tendrán una causa externa al funcionamiento del sistema de mercados interrelacionados, pues los mercados, dejados a sí mismos, tienden a autorregularse. Por ejemplo, el desempleo masivo sólo podrá deberse a que *de alguna manera* —regulaciones públicas, intervenciones sindicales...— no se deja que los mercados de trabajo funcionen libre y competitivamente, por lo que la solución de ese problema exige dejarlos funcionar libremente.

Esta visión de no intervención activa en materia económica¹⁴, que se corresponde plenamente al liberalismo político, se dará de bruces con la terca realidad de la crisis y depresión de la década de 1930. La difícil realidad económica forzará a intervenir en economía desde el Estado, obligará a realizar una política económica anticíclica y exigirá que los virginales economistas neoclásicos renuncien a su pretendida pureza científica, a su imaginaria creencia en que la Ciencia Económica era la Física de la realidad social. Las herramientas intelectuales necesarias para justificar ese intervencionismo se extraerán de la obra de un economista relativamente extraño a la academia, John Maynard Keynes (1883-1946), algunas de cuyas ideas —fundamentalmente la importancia de la demanda efectiva— se incorporarán de forma selectiva al entramado neoclásico dando lugar a la Síntesis Neoclásica-Keynesiana (SNK), que permitirá salvar la visión neoclásica del naufragio de la Gran Depresión, recuperando la relevancia social que había perdido con ésta¹⁶.

El éxito de la intervención keynesiana, la domesticación de los ciclos económicos y la reducción de sus efectos sociales hecha posible gracias a la construcción del Estado de bienestar y que da lugar a la llamada *edad dorada del capitalismo* explica que, a finales de la década de 1970, exista una posición ante la Economía compacta y generalmente aceptada por la mayoría de los economistas, la Síntesis Neoclásica-Keynesiana mencionada más arriba, y que tiene su

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

manual de referencia en el mundialmente conocido libro de Paul Samuelson, *Economics* (cuya primera edición fue de 1948). Ello no significa que no existieran distintas vertientes en ese tronco común. Por un lado, estaban los que enfatizaban aquellos aspectos del pensamiento keynesiano no asimilables dentro de la lógica neoclásica: tiempo histórico frente a tiempo lógico, importancia de la incertidumbre frente al riesgo (con arreglo a la distinción de Frank Knight), la dominancia de los efectos-renta frente a los efectos-sustitución y la noción de los rendimientos constantes a escala como una descripción más adecuada de las técnicas utilizadas por las organizaciones productivas de las sociedades industriales y postindustriales. Desde una perspectiva distinta estaban aquellos que hacían énfasis en la capacidad autorreguladora del mercado, el predominio de los efectos-sustitución sobre los efectos-renta, la capacidad de los individuos de tomar decisiones racionales intertemporales y en situaciones de riesgo, y la idea de que el elemento técnico definidor de la inmensa mayoría de las técnicas productivas son los rendimientos decrecientes de escala. Pero en cualquier caso, todos se reconocían herederos y partícipes más o menos cercanos de una tradición común. Incluso personajes tan significados de la visión más neoclásica de la SNK, como Milton Friedman (1912-2006), reconocían que sus diferencias con los keynesianos se resumían en discrepancias respecto a la pendiente de ciertas curvas o la elasticidad de ciertas relaciones, aspectos muy importantes en términos de política económica, pero no tanto en términos de explicación del funcionamiento teórico de una economía de mercado de renta alta. Es la conocida frase atribuida a Richard Nixon: *"We are all keynesians now"*.

Pero este consenso, este equilibrio inestable dentro de la Economía entre distintas perspectivas, se romperá definitivamente a lo largo de las últimas décadas del siglo XX. Ello es consecuencia tanto de la evolución del mundo real como de la propia dinámica interna de las modelizaciones económicas. Por un lado, la crisis económica de los años 1970, pusieron en un brete tanto a la explicación del modo de funcionar de las economías que defendía la SNK como las respuestas de política económica que promovía y resultaron inadecuadas. La SNK tanto teórica como políticamente

hacia aguas (a lo que se llamó, la Segunda Crisis de la Economía, tras la ruptura que había representado el pensamiento de Keynes en las plácidas aguas de la Economía neoclásica en los años 1930), y los economistas lo abandonaron en tropel, encontrando refugio mayoritariamente en su parte neoclásica, la cual ofrecía un más firme asidero analítico en la medida que, desde hacía un tiempo, venía desarrollándose una expansión conceptual en el mundo de la Economía neoclásica, la que se conoce como “revolución de las expectativas racionales” que parecía ofrecer una explicación consistente con la metodología y conceptos básicos del enfoque neoclásico de lo que estaba ocurriendo en las economías reales lo que ponía además en evidencia la parálisis de los keynesianos ante lo mismo pues lo que se llamó *estanflación*, la coexistencia de estancamiento económico con inflación, no parecía encontrar acomodo dentro de la Economía keynesiana tal y como esta se había construido en la SNK. Esa vía de expansión de la Economía neoclásica dio origen a lo que se conoce como Nueva Economía (o Macroeconomía) clásica, que nada tiene que ver con la Economía política clásica del siglo XIX, y que define todavía el marco conceptual dentro del que razonan la mayor parte de economistas académicos. Es, por así decirlo, el paradigma aún hoy dominante en Economía, si bien sujeto a crecientes ataques desde hace unos años tras el desencadenamiento de la última gran crisis económica, la primera del siglo XXI, tras dos décadas que llevaron a algunos representantes de la Nueva Economía clásica a soñar en un mundo económico sin crisis ni depresiones.

Frente a los economistas neoclásicos hubo otros, los menos, que, al contrario, estimaron que la ruptura del paradigma de la SNK en los años de 1970 permitía recuperar y avanzar en los auténticos planteamientos de Keynes. Se les conoció desde entonces como postkeynesianos¹⁷ —citaremos aquí solamente a dos de ellos, Paul Davidson y Alfred S. Eichner (1937-1988), relevantes y relativamente bastante conocidos dentro de la marginalidad en la que se desenvuelven todos los postkeynesianos—. Esta posición no era nueva, pues ya desde los años cuarenta un grupo de economistas —no se puede dejar aquí de hacer referencia a Nicholas Kaldor y a Joan Robinson— denunció que las ideas de Keynes que se incorporaron en la SNK —a partir de los trabajos de John Hicks— eran una versión

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

extraordinariamente edulcorada de sus auténticos planteamientos, pues, en la medida que éstas eran radicalmente incompatibles con los puntos centrales de la Economía neoclásica, era imposible construir una Síntesis Neoclásica-Keynesiana.

Pues bien, fue con ellos, en su compañía intelectual, con quien David Anisi anduvo y se sintió a gusto a lo largo de toda su vida de reflexión acerca de lo económico y lo social.

LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE DAVID ANISI

DAVID ANISI COMO ECONOMISTA TEÓRICO

En el marco recién descrito, el definido por la SNK y su crisis, es en el que David Anisi se forma intelectualmente y a este marco pertenecen sus primeras aportaciones a la Economía. Ya dentro del compacto que era la SNK antes de su *debacle* intelectual, la lectura de la obra de Axel Leijonhufvud —de quien aprendería la diferencia entre demanda efectiva y demanda nocional— y de Robert Clower hizo que David se situara en la vertiente más puramente keynesiana, por lo que el advenimiento en el mundo real de la crisis económica de los años de 1970, y el de la “revolución” de las expectativas racionales y la deriva de la economía convencional hacia posiciones de fundamentalismo de mercado disfrazadas de virtuosismo analítico en el mundo intelectual de la Economía, le llevará de modo natural a insertar su discurso en lo que como acaba de decirse se empezó a conocer en la época como Economía postkeynesiana¹⁸, un escuela minoritaria tanto en número como académicamente¹⁹. Es entre este grupo de autores entre los que David Anisi se encontrará más cómodo y será en esa visión en la que se enmarcan sus escritos más académicos. En sus propias palabras, recogidas en un borrador denominado por el autor, con un claro sabor dieciochesco: “Monstruo terrorífico del que puede surgir un primer ejercicio, realizado para uso (por su parte) y abuso (por la mía) de algunos de mis doctos amigos”²⁰, de su primera y fallida oposición a profesor adjunto de Teoría Económica: “Ni aun en situaciones competitivas —mercados atomísticos para ser más exactos— está asegurado el pleno empleo en el momento que demos

INTRODUCCIÓN

entrada al tiempo histórico. Nada garantiza que los cambios en la productividad técnica no queden absorbidos mediante el desempleo a corto o largo plazo. La intervención es, aunque sólo sea desde esa perspectiva, necesaria. Cuando se aceptan estos resultados y a ellos se añaden las 'imperfecciones voluntarias': sindicatos, patronales, oligopolios, segmentación en el empleo, etc.; cuando no se puede usar la teoría marginalista de la distribución que exigiría conocer previamente esa misma distribución para lograr determinar la productividad marginal de ese valor llamado capital; cuando nada asegura que la elección de técnica se realice por la comparación relativa de los precios del trabajo y el capital, dejando los precios así de reflejar 'escaseces' y perdiendo su principal función que permitía la optimización de los procesos; cuando la importante presencia del Estado y el grado de organización social generaliza la confrontación cotidiana entre el 'voto político' y el 'voto económico'; cuando, en definitiva, se desean sentar las bases de una política económica eficaz y para ello se comienza a observar el proceso económico sustentado en el triángulo inversión-precios-distribución y se adopta la perspectiva schumpeteriana de la innovación y los ciclos, se examina keynesianamente los problemas de generación de demanda efectiva, se asume una teoría del valor sraffiana, se utiliza una aproximación a la distribución del producto del tipo Kalecki/Kaldor/Pasinetti, se piensan los problemas del tipo de beneficio en el marco dinámico de Harrod-Domar, se visualiza el conjunto de las empresas como compuesto de un sector oligopolístico y otro competitivo que interactúan, se cree que los problemas monetarios deben contemplarse asignando un importante componente endógeno a la oferta monetaria y se confía en las posibilidades de la planificación en una economía mixta occidental y desarrollada: cuando ocurre todo esto se dice que 'uno' es postkeynesiano".

De estos trabajos más académicos, dos de los cuales se comentan y reproducen en la siguiente sección del libro, merece la pena destacar uno que aparecerá ya en 1984, pero cuya itinerante gestación —fue manuscrito en Madrid y mecanografiado en Salamanca a lo largo de muchos meses— arranca desde mucho antes, probablemente desde que a finales de la década de 1970 llegara a manos de David Anisi en la UAM una copia del libro de Eichner y Kregel

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

(1978), *A Guide to Post-Keynesian Economics*, que seis años más tarde sería traducido por la Editorial Blume. Se trata de su libro de texto, *Modelos económicos. Una introducción a la macroeconomía postkeynesiana*²¹, más conocido en virtud de su adusta portada con el papi-niano epíteto de *el libro negro*. En este libro, que conocerá sucesivas ediciones, y que se convertirá en el primer texto de macroeconomía en español que incluía un disco (*floppy disc* en su primera edición) con un programa que permitía hacer simulaciones macroeconómicas, David Anisi realiza una tarea que, a nuestro entender, sigue siendo enormemente meritoria y necesaria.

En efecto, si algo caracteriza a los libros de texto que escriben los macroeconomistas, es su —llamémosla— *confusión expositiva*, en la medida en que no aparecen claramente delimitadas conceptualmente las diferentes escuelas, visiones o paradigmas macroeconómicos²². La finalidad del *libro negro* es precisamente “poner las cosas en su sitio”, delimitar nítida y conceptualmente qué separa las diferentes interpretaciones sobre el comportamiento agregado de las economías de mercado; llamar, en suma, por su nombre a los diferentes grupos de macroeconomistas, de modo que se noten a las claras sus divergencias esenciales.

A este respecto, David Anisi distingue cinco tipos de aproximaciones teóricas o modelos marco: Clásico, Síntesis Neoclásica, Fiscalista, Monetarista y Postkeynesiano; pero lo que hace el libro interesante y único, tanto en su tiempo como todavía hoy, es que en él se va más allá de presentar una mera taxonomía y se desentrañan qué supuestos esenciales de comportamiento e interacción se esconden detrás de cada una de estas aproximaciones teóricas. Junto a ello, como refleja el subtítulo del libro, se ofrece una exposición sencilla, pormenorizada y razonablemente completa del enfoque postkeynesiano. Éste es su contenido. Respecto a sus aspectos formales, puede decirse que se trata de un libro analítico, de carácter conceptual y pedagógico. Es, por otro lado, un libro desnudo, con escasas tres páginas de notas bibliográficas y con una absoluta ausencia de cualquier referencia empírica a cualquier caso de la vida real. Algo sorprendente cuando uno de los elementos caracterizadores de los libros modernos de macroeconomía²³ es su esfuerzo por ofrecer datos que presenten situaciones económicas

del mundo real. Y ello es así porque su finalidad no es explicar la realidad económica, sino explicar los modelos subyacentes, a veces escondidos en la penumbra, con los que los economistas explican esa realidad.

A nuestro entender, este libro sigue siendo todavía extremadamente valioso, aun cuando no útil a la usanza de los libros de texto de macroeconomía habituales. No es útil para quien quiera saber la evolución de los mercados bursátiles; tampoco lo será para quien quiera conocer las últimas cifras de las variables macroeconómicas de algunos países; tampoco para quien quiera entender el significado preciso de algunos instrumentos tan sutiles —y útiles— como la Paridad de Poder de Compra, pero es valioso en la medida que desentraña los supuestos implícitos, a menudo inconscientes, en la visión macroeconómica de los distintos economistas y que les llevan con frecuencia a que consideren que su forma de aproximarse a la realidad macro es la única posible. La lectura del *libro negro* sirve para romper tal pretensión.

Junto con esa preocupación por desbrozar y deslindar los supuestos que subyacen a las distintas formas de entender el funcionamiento agregado de la economía, y por lo tanto a las distintas propuestas de política económica y diseño de las economías de mercado, David Anisi, en su versión académica, dedicará parte de su tiempo de reflexión teórica a estudiar la restricción última a la que se enfrentan todos los seres humanos: la restricción temporal y su interrelación con la actividad económica individual, ya como productor, ya como consumidor.

Esta reflexión se materializará en el libro *Tiempo y técnica*, editado por Alianza Editorial en 1987, quizá su obra de mayor enjundia y originalidad teórica. El origen intelectual de este libro, curiosamente, está en la obra de uno de los economistas neoclásicos más importantes del siglo, el Memorial Nobel de Economía, Gary Becker, quien en su obra *A Theory of Allocation of Time* (1966) había aplicado la lógica neoclásica de la escasez a las decisiones que toman los individuos respecto a la cuestión de cómo se enfrentan racionalmente al problema de asignar los usos de ese recurso escaso que la naturaleza concede equitativamente a todos los seres vivos en cada periodo: el tiempo²⁴, dando así origen a toda una nueva

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

rama de la microeconomía que ha adoptado diferentes denominaciones según el objeto de estudio: Economía del Capital Humano, cuando ha tendido por objeto estudiar el uso del tiempo para las tareas productivas dentro del mercado; Economía de la Familia, cuando lo que se estudia es el uso del tiempo en las actividades fuera del mercado. De hecho, este trabajo de Becker es la semilla de lo que se conoce como *imperialismo de la Economía*, en cuanto que será a partir de él cuando los economistas pretenderán explicar con la misma y única lógica económica comportamientos tan variopintos como la corrupción, el divorcio, el suicidio, la decisión de ser padres, el delito, el aborto, la participación en las actividades políticas y de socialización, etc., que otrora se investigaban desde otros ámbitos de las Ciencias Sociales y otras perspectivas. Para los economistas neoclásicos, sin embargo, todos estos comportamientos se pueden entender como resultados de procesos de elección racional de asignación de un tiempo y otros recursos limitados con valores de mercado distintos entre los también distintos individuos.

David Anisi no se guardó para sí mismo la opinión que le merecía tal uso partidista de la lógica económica: "Creo que en el aspecto intelectual lo que más conozco y más desprecio es la lógica neoclásica. Y allí estaba, resurgiendo de sus cenizas de la mano de los teóricos de la Nueva Microeconomía y las Expectativas Racionales. Allí estaba otra vez 'explicándolo' todo, desde la forma en que se usa el cepillo de dientes al suicidio, el crimen, el número de hijos, los raptos místicos, la participación laboral de la mujer, el comportamiento de las ratas... Allí estaba la lógica neoclásica con su principio básico: toda persona, animal, planta, ángel, espíritu o cosa hace lo que hace y a eso se le denomina maximización. Allí estaba todavía la inercia del deslumbramiento que provocó en los peores economistas del siglo XIX y comienzos del XX la matemática del XVIII" (*Tiempo y técnica*, 1984, p. 13).

Sin embargo, y pese a lo anterior, David Anisi se veía obligado a admitir que había un claro elemento de sentido común en el enfoque de Becker: la actividad de consumo puede entenderse perfectamente como un proceso de *producción* que, como cualquier otro, requiere tiempo. Partiendo de este mismo punto, no obstante, el enfoque de Anisi se aleja radicalmente de la perspectiva neoclásica

de la Economía de la Familia en dos aspectos centrales. Por un lado, las técnicas de consumo aparecen “como formas de vida distintas y discretas cuya adopción significa saltos ‘cuánticos’ que exigen todos los requisitos de un proceso de aprendizaje” (p. 14). Aquí, por tanto, frente a la gradualidad e infinita adaptabilidad en las técnicas, ya sea de producción o de consumo, que se supone en el enfoque neoclásico, Anisi se decanta por la existencia de técnicas de consumo “cosificadas”, pues así lo son las formas de vida cuyo cambio requiere tiempo y aprendizaje. Es evidente que, para muchas actividades de consumo, el cambio en su técnica es extremadamente rápido por poco costoso, y sirvan aquí como ejemplo los cambios en las actividades de comunicación que han supuesto los avances técnicos como los móviles o internet; pero no es menos cierto que, para otras muchas otras actividades, el cambio es muchísimo más lento y paulatino, como lo es el cambio en las formas de vida que definen las vidas de las gentes, tanto porque las innovaciones no se suceden continuamente como a causa de lo costoso de su adopción.

En segundo lugar, en vez de enmarcar su análisis en el ámbito del individuo, de la microeconomía, lo hace en el ámbito macroeconómico. Dada una población, un sistema económico tiene una restricción adicional a la restricción de capital, técnica y otros recursos, cual es que el total del tiempo para trabajar y consumir lo producido está limitado: “Todo es reducible a tiempo, sólo el tiempo es realmente escaso en cuanto que no producible, y todo se puede obtener mediante el empleo de tiempo” (p. 30). A partir de aquí, en un auténtico *tour de force* intelectual, Anisi construye una macroeconomía del uso del tiempo donde las interrelaciones entre nivel de empleo, disponibilidad de tiempo para el consumo y producción conducen a veces a resultados insospechados. Por ejemplo, en el ámbito del estudio del trabajo y del empleo se acuña el concepto de *frustración de consumo* para referirse a aquellas situaciones donde el nivel de ocupación es tal que la sociedad no dispone de suficiente tiempo para disfrutar del consumo de los bienes que produce —discos que compramos y nunca escuchamos, libros que adquirimos y nunca leemos, etc.—. Resulta claro que aquí aparece un nuevo concepto de desequilibrio, ya que podemos encontrarnos con situaciones

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

en las que el equilibrio macroeconómico de pleno empleo que exigen los individuos como materialización de su derecho y disposición al trabajo genere situaciones de desequilibrio en término de necesidades de tiempo y conduzca a situaciones no deseables.

Sin duda, lo que David Anisi tenía entre manos eran los cimientos para una auténtica reflexión macroeconómica sobre lo que los sociólogos denominan desde hace tiempo *sociedad de consumo*.

Este análisis agregado permite, adicionalmente, incorporar la posibilidad de que los individuos que no logran vender todo el tiempo de trabajo que necesitan para mantener su forma de vida en el mercado laboral, por existencia de desempleo involuntario, por ejemplo, puedan dedicar parte del tiempo restante de trabajo a la producción extramercado, en actividades igualmente productivas pero desarrolladas fuera de los vínculos "oficiales" del mercado.

Finalmente, lo que hace David Anisi es superponer sobre este esquema conceptual el marco de los distintos modelos macroeconómicos que ya había desarrollado en su libro previo, el de *Modelos macroeconómicos —o libro negro*, como aquí lo hemos llamado—, ampliándolo además para incorporar un análisis de equilibrio general también desde esta perspectiva. Como guía para los lectores, ha de señalarse que este libro, si bien no es conceptualmente difícil, es muy exigente en su lectura, ya que requiere un esfuerzo sostenido en territorio no habitual del análisis económico.

Detrás tanto del *libro negro* como de *Tiempo y técnica*, y abarcando de forma transversal toda su obra, subyace un interés claro y explícito por las cuestiones distributivas. Con ello, David Anisi conecta directamente con David Ricardo, quien señalaba, en su prefacio a su obra *On the Principles of Political Economy and Taxation*, cómo el principal problema de la Economía política era la "determinación de las leyes que regulan la distribución". No en vano, su tesis doctoral, defendida en 1979 en la UAM, llevaba como título *Las consecuencias macroeconómicas de la fijación del salario real: una aproximación teórica a corto plazo*.

Esa preocupación por la distribución se manifiesta por dos vías complementarias. La primera es la indagación en las causas de la distribución del producto generado en una sociedad. Aquí, frente a la concepción neoclásica que explica la distribución a partir de

la lógica de la escasez como el resultado directo de unas determinadas condiciones técnicas de producción y la abundancia relativa de los diferentes factores, es decir, haciendo a la distribución de la renta o producto social fruto de la relación *apolítica* entre la tecnología y la demografía, David Anisi se decanta por la ineludible inclusión en ese marco de las relaciones de poder. Para él, sin tener en cuenta cómo se definen las relaciones de poder de una sociedad no se podrá explicar en último término la distribución del producto social de la misma. Ello le llevará, como veremos más adelante, a investigar en mayor profundidad las relaciones entre poder y economía.

La segunda vía, más convencional, y que se plasmará en toda una serie de artículos que aparecerán en distintas revistas académicas, es la que ya ha sido previamente comentada: la que indaga los efectos de la distribución de la renta sobre los niveles de producción, empleo, inversión y adopción del cambio técnico. Así, en primer lugar, la distribución de la renta afectará al consumo en la medida en que las tasas de ahorro estén directamente vinculadas a los niveles de renta obtenidos. Siguiendo los planteamientos de Pasinetti, una redistribución a favor de salarios generará un aumento de la demanda de bienes y servicios y el correspondiente aumento del nivel de producción y empleo. En segundo lugar, los efectos de la distribución de la renta sobre la inversión son más sutiles, menos lineales. Como es bien sabido, frente a la estabilidad de la función de consumo, la función de inversión agregada se ha resistido a los intentos de teóricos y econométricos a la hora de su definición, de forma que en los modelos o bien han primado las consideraciones vinculadas con la rentabilidad de la misma, y por lo tanto el papel del tipo de interés, o bien ha primado el papel de las expectativas futuras de demanda. Pues bien, el efecto complejo de la distribución sobre la inversión obedece a que una redistribución a favor de salarios tendrá un efecto positivo, por lo que se vio más arriba, sobre la demanda futura y, por lo tanto, sobre la utilización de capacidad instalada e inversión; pero a la vez podría afectar negativamente a la rentabilidad del capital instalado, con el posible efecto depresivo sobre la inversión. Al final, el efecto conjunto dependerá de la intensidad de dos cambios que, en última instancia, pero por distinta vía y con distinto signo, afectan al tipo de beneficio.

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

La pertinencia de esta visión global e integrada de las cuestiones distributivas como uno de los engranajes del funcionamiento de todo sistema social y también de una economía de mercado, en contraposición a lo distributivo como mero resultado técnico de la adopción de una determinada formulación de una función de producción que describa al aparato productivo de la sociedad como hace el enfoque dominante, se nos antoja como una perspectiva potente con una gran capacidad de análisis. Así, por ejemplo, la crisis actual en la que está inmerso gran parte del mundo desarrollado obedece, según algunas interpretaciones, precisamente a la eliminación con el cambio de siglo del papel del crecimiento de los salarios reales en el mantenimiento de la demanda efectiva y la actividad económica, primero en Estados Unidos y luego en otros muchos países. En ausencia de crecimiento salarial real, el aumento de la demanda de consumo necesario para mantener la máquina de crecimiento económico sólo podía venir de la puesta en marcha de cambios en el sistema financiero que facilitaran el endeudamiento masivo como forma de creación de demanda de consumo. Siendo precisamente ese endeudamiento masivo el origen de la crisis.

DAVID ANISI COMO ECONOMISTA POLÍTICO

El cambio de paradigma dominante en Economía que lleva a sustituir la SNK, y al que nos hemos referido más arriba, se produce en un contexto histórico específico: la llamada crisis del petróleo de 1973, que inaugura un periodo de recesión seguido de crecimiento sin creación de empleo. Esta situación se verá agravada en nuestro país por la tan ansiada transición política inaugurada con la muerte del dictador en 1975. Crisis, desempleo, inflación..., probablemente nunca había sido tan necesaria ni tan fascinante la reflexión rigurosa sobre las alternativas de política económica en nuestro país. Nuevos centros de reflexión, como el Instituto Sindical de Estudios, impulsado con más ganas que medios por J. M. Zufiaur, y con el que colaboró David Anisi, actuaban como catalizadores de ese proceso. En este contexto de demanda social de reflexión sobre la crisis, sus consecuencias, las distintas alternativas de política económica abiertas a la sociedad y sus implicaciones en términos de distribución de la renta

y cohesión social se enmarca la segunda línea de investigación-acción de David Anisi, sus escritos que podríamos considerar insertos en la tradición de la Economía política.

No olvidemos que ya desde sus comienzos David Anisi se había orientado por la Economía no por el prurito intelectual de conocer un área científica más o menos compleja, sino por su vivencial interés en los problemas de la realidad socioeconómica. Ello explica su tránsito de un interés inicial en la ciencia más pura de todas, la Matemática, cuyos primeros dos años de licenciatura cursó satisfactoriamente, a esa "ciencia" mixta o mestiza que es la Economía²⁵. Como él mismo apuntaba: "Pero otras cosas pasaban por mi mente aparte de los espacios vectoriales, los homomorfismos, y los hiperplanos afines, los catedráticos que eran expulsados de la Universidad por encabezar manifestaciones, las batallas campales cotidianas a las 12 en el paraninfo, la policía irrumpiendo en clase de geometría, la cárcel de mis compañeros y amigos, la fundación del ESDEUM, etc., eran revelaciones próximas de las convulsiones sociales que en España con más especificidad por nuestras particulares circunstancias de dictadura, y en el mundo occidental en general se estaban dando en aquél entonces. El caso es que todas aquellas circunstancias me impulsaron a dejar de considerar las matemáticas como futura profesión y la Economía como asunto de interés, y plantearme la posibilidad de estudiar Economía como actividad fundamental" (*Monstruo terrorífico, op. cit., p. 2*).

La obra de David Anisi como economista político se enmarca en una reflexión sobre el Estado de bienestar, ese constructo económico-político-social que en mayor o menor medida se ha desarrollado en la mayoría de las economías capitalistas a lo largo de buena parte del siglo XX, precisamente la parte más próspera del mismo. Para Anisi, el Estado de bienestar es la expresión de un pacto social implícito, al que denominó pacto social keynesiano, definido como la intervención del Estado en la economía garantizando el pleno empleo y cierto nivel de prestaciones sociales a cambio de que las clases trabajadoras no se dejasen seducir por ningún tipo de revolución que cuestionara el sistema de derechos de propiedad privada. Más concretamente, dice a este respecto: "El aspecto económico del pacto tenía dos dimensiones: una interna y

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

otra externa. Desde el punto de vista interno, la garantía de crecimiento que ofrecía la gestión de la demanda permitiría que, sin cuestionar la distribución de la renta o con suaves cambios en ella, pudiera darse un crecimiento simultáneo de las magnitudes globales y reales de los beneficios y de la masa salarial. Desde el punto de vista externo, de aplicarse esas políticas, el crecimiento de cada uno de los países supondría automáticamente un fomento del comercio internacional equilibrado y pacífico. Las relaciones comerciales internacionales se establecerían sobre la base de un 'tirón' conjunto de la demanda y no sobre la lucha para la imposición de una oferta. El centro de la política de gestión de demanda se configuraba alrededor del gasto público. Pero la suavidad y gradualidad supuesta en la intención keynesiana no sólo se limitaba a la consideración de ese gasto como principal regulador de la demanda efectiva, sino que ampliaba su campo de acción a la garantía del orden social, plasmado en la distribución del producto en su doble faceta: distribución entre los individuos y distribución entre los diferentes usos: consumo, inversión, gasto público y exportaciones" (Anisi, 1989, p. 246)²⁶.

Para David, este pacto social funcionó durante más de dos décadas tras la Segunda Guerra Mundial y entró oficialmente en crisis a partir de 1973. Crisis en la que continúa hasta hoy mismo. Esta crisis del pacto keynesiano y de su creación, el Estado de bienestar, y su defensa mereció una parte importante de su activismo político e intelectual.

Como se ha señalado, la crisis del año 1973 marcó para muchos economistas la crisis de la Economía keynesiana en el mundo intelectual, así como la crisis del activismo keynesiano en la política económica del mundo real. Para David Anisi, sin embargo, fue algo más profundo. Para él, ésa es su interpretación, la llamada *crisis del petróleo* sólo va a agudizar, o a prestar la oportunidad, según se quiera, de corregir las desviaciones que se habían producido entre los supuestos de partida del pacto y su devenir. Y aquí detecta dos grandes debilidades en el pacto original: una de tipo económico y otra de tipo social. Empezando por la primera, se tiene que, para que se puedan simultáneamente mantener el orden social capitalista y el pleno empleo, es necesario que los crecimientos en

la productividad no sean ni demasiado rápidos ni demasiado importantes. Caso contrario, el mantenimiento del pleno empleo obligaría entonces o bien a un incremento continuado del peso del gasto público en el PIB, lo que minaría uno de los fundamentos originales del pacto, aquel vinculado con la conservación de la preeminencia de lo privado, o bien a un incremento de los salarios reales por encima de la productividad, lo que se traduciría en una redistribución de la renta en contra de beneficios²⁷, alterando consecuentemente otro de los basamentos del pacto.

En lo que se refiere a la segunda debilidad detectada por Anisi, el pacto incorporaba la aceptación de un *trade-off* entre mayores niveles de seguridad en el empleo y en aumentos continuados de los salarios reales —al ritmo de la productividad— a cambio del reconocimiento por parte de los trabajadores del pleno control del aparato productivo —incluyendo las condiciones de trabajo— por parte de los propietarios del capital. Sin embargo, el pleno empleo cambia las relaciones de poder entre trabajadores y empresarios, dificultando con el paso del tiempo el mantenimiento de dichos acuerdos, de dicho *trade-off*. Como decía Kalecki²⁸, en frase que David Anisi gustaba de citar: “En realidad, bajo un régimen de pleno empleo, el despido dejaría de desempeñar su papel como medida disciplinaria. Se minaría la posición social del jefe o patrón y crecería la confianza en sí misma y la conciencia clasista de la clase trabajadora. Las huelgas para pedir aumentos salariales y mejoras en las condiciones de trabajo crearían tensión política. Es cierto que bajo un régimen de ocupación plena los beneficios serían mayores que su promedio bajo el *laissez-faire* [...] Pero los líderes del mundo de los negocios aprecian más la disciplina en las fábricas y la ‘estabilidad política’ que los beneficios mismos. Su instinto de clase les advierte que la ocupación plena duradera es una situación enfermiza desde su punto de vista, y que el desempleo es parte integrante del sistema capitalista normal” (pp. 161-162).

Según Anisi, el cumplimiento de esta segunda condición —no “aprovecharse” del pleno empleo— por parte de los trabajadores era tarea de los grandes sindicatos, que, conocedores del desempleo masivo de los años de 1930 y consustancial con anterioridad al capitalismo salvaje, estaban dispuestos a hacerlo. Pero en el acuerdo,

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

Anisi recalca, no se había contado —¿cómo podría haberse hecho algo así?— con las nuevas generaciones: “El conflicto estalló hacia la mitad de la década de los sesenta bajo una dimensión generacional. Si para la población mayor de 30 años los frutos del Estado de bienestar representaban una situación jamás lograda, para los menores de esa edad era simplemente una posición de partida que había que superar” (1989, p. 256).

En suma, hacia la mitad de la década de 1960, los dos cimientos del pacto original se ven crecientemente cuestionados. A ello se suma, dos décadas más tarde, el hundimiento de los sistemas de socialismo real, que hará que surjan grietas en otro de los elementos centrales del mismo, el Estado de bienestar, como legitimador de la economía de mercado, pues, como señala Anisi: “No creo que el Estado de bienestar se hubiera llegado a implantar en Europa sin la existencia, militarmente potente, de la URSS, y sin unas organizaciones de resistencia al nazismo y fascismo lideradas, o profundamente influidas, por los Partidos Comunistas respectivos” (1998)²⁹.

De todo ello no se sigue el desmantelamiento del Estado de bienestar, que hasta nuestros días ha sido capaz de resistir los embates de las críticas teóricas a su sostenibilidad y los ataques políticos derivados de la ruptura del pacto. Nadie sabe cuánto tiempo más resistirá, ni en qué condiciones lo hará, pero el hecho es que hasta el día de hoy su *resilencia* ha sido resaltable. Lo que sí sucumbe a la ruptura del pacto, el redescubrimiento del mercado en la práctica —desregulación, liberalización, privatización— y en la teoría —el nuevo paradigma dominante de la Nueva Economía clásica—, el neoliberalismo político y las restricciones derivadas de la globalización de la economía, es el pleno empleo.

La conjunción de desempleo elevado y desconfianza en las herramientas tradicionales —políticas fiscales, monetarias y de tipo de cambio expansivas— para el activismo económico público en el nuevo contexto de economías crecientemente abiertas al exterior hace que en los años ochenta y noventa del pasado siglo se planteen nuevas formas de política de empleo. Una de ellas, que llegó a recibir un respaldo importante de parte de la izquierda europea, fue la puesta en marcha de políticas de reducción del

tiempo de trabajo como herramienta de reparto del empleo. Los economistas ortodoxos normalmente han mantenido una posición escéptica, cuando no opuesta, ante este tipo de políticas, ya que consideran que la presencia de desempleo refleja un fallo en el funcionamiento del mercado de trabajo que no se resuelve simplemente limitando la oferta del mismo. Desde esta perspectiva, el empleo en una economía no viene en unidades limitadas y, por lo tanto, no tiene sentido limitar la jornada para que aumente la cantidad de trabajadores empleados.

David Anisi abordó en distintos textos el papel de una posible reducción del tiempo de trabajo sobre el empleo y el desempleo³⁰. El autor, como no podía ser de otra manera, veía con buenos ojos el proceso histórico mediante el cual parte de las ganancias de productividad se han ido absorbiendo vía reducción de la jornada de trabajo. Sin embargo, descreía de una política *ad hoc* a corto plazo de reducción del tiempo de trabajo como mecanismo de generación de empleo, y ello por dos razones de distinta índole. La primera, por desconfiar del automatismo del efecto pseudomatemático que lleva a muchos a deducir que menos horas de trabajo por trabajador vayan ineludiblemente acompañadas de un mayor número de trabajadores necesarios para producir la misma cantidad de *output*. La experiencia nos dice que una parte importante de la reducción de jornada deriva en una ganancia en el nivel de esfuerzo, y por lo tanto en la productividad, por lo que parte del efecto de creación de empleo se destruiría. En segundo lugar, dependiendo de la existencia o no de compensación salarial, esto es, de quién financie la medida, se podrían producir efectos de pérdida de competitividad o aumento de la tasa de actividad, por lo que, en este segundo caso, podría haber más empleo, pero también más desempleo. Por último, desde una perspectiva ideológica, Anisi señalaba que “aunque la reducción de la jornada se tradujera en una sustancial creación de empleo, sería un empleo dirigido a proporcionar los bienes individuales que el mercado provee. E insisto en que muchas cosas creo que están en juego con la visión mercadista de la economía” (1995, p. 197). De alguna forma, Anisi consideraba que la ruptura del pacto keynesiano difícilmente se podía corregir con actuaciones puntuales y limitadas a uno u otro ámbito de la economía, como

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

bien pudiera ser la anteriormente citada de reducción del tiempo de trabajo en el corto plazo³¹, abogando por una respuesta genérica, un pacto keynesiano *redux*.

Desde la ventaja que confiere el presente sabemos que ese nuevo pacto no se materializó, la crisis que comenzó en 1973 se ha hecho en cierto modo permanente e incluso ha llegado a agudizarse en los años finales de la primera década del siglo XXI. En algún momento durante los meses más duros de la presente crisis financiera parecía que la “segunda venida de Keynes” que se anunciaba por todas partes podría alterar la correlación de fuerzas intelectuales y políticas existente, propiciando ese nuevo pacto. En el momento en el que escribimos estas páginas la incógnita permanece.

A lo largo de sus trabajos David Anisi dejó numerosas pistas de cuáles deberían ser en su opinión las líneas maestras de ese hipotético y necesario nuevo pacto keynesiano para el siglo XXI, adaptado a las nuevas realidades económicas y sociales definidas por la aceleración del cambio técnico, la tan cacareada nueva economía, y la no menos cacareada globalización. Tal y como resume en un artículo publicado en la revista *Ekonomiaz* (1998), dicho consenso se podría construir tentativamente a partir de: 1) el salario real bruto crece según se incrementa la productividad, lo que garantiza el mantenimiento de la distribución de la renta y el tipo de beneficio —esto significa que el pacto no cuestiona la distribución funcional (entre trabajo y capital) de la renta existente huyendo de la redistribución—; 2) el salario real *neto* —el que llevamos a casa, para entendernos—, “lo que asegura el mantenimiento del nivel de vida en cuanto a los objetos que habitualmente se compran en el mercado” (1995, p. 129)³² permanecería congelado; 3) la diferencia entre el salario real bruto y neto —esto es, la derivada del aumento de la productividad— se recaudaría por el Estado y serviría para financiar la producción de bienes públicos, produciéndose una sustitución entre salarios “privados” y bienes públicos³³ que sería una de las piezas fundamentales de la propuesta y que, en su opinión, contribuiría “más al bienestar de los asalariados que el mero crecimiento de sus salarios reales” (1998); 4) la producción de tales bienes públicos se realizaría por parte de la empresa privada, con lo cual paralelamente se evitaría el conflicto público-privado en

la producción de bienes y servicios que en su opinión habría debilitado el respaldo empresarial al Estado de bienestar en el viejo pacto. En todo caso, su definición, ámbito de aplicación y financiación debería seguir siendo tarea de las distintas organizaciones y administraciones que conforman lo público; se trataría así de mantener la provisión pública de tales bienes y servicios, pero no necesariamente su producción, con la intención de facilitar con ello la renovación del pacto. En suma, “la propuesta supone la congelación de los salarios reales disponibles tras los impuestos, que no de los monetarios que crecerían en la misma proporción en la que lo hiciesen los precios, utilizando el incremento de la productividad técnica para la creación de empleo en un sector específico”, sector que, por otro lado, estaría protegido de la competencia internacional asociada a la globalización al producir bienes no comerciables.

A pesar de que la última gran crisis financiera mundial 2007-2010? ha puesto de manifiesto, como no lo hacía desde la Gran Depresión, tanto la naturaleza fundamentalmente inestable del capitalismo como el insustituible papel del Estado de bienestar a la hora de corregir y minorar los efectos más dolorosos de esa inestabilidad, no parece que el debate económico se haya dirigido hacia el análisis de las nuevas formas de colaboración entre los agentes sociales y el Estado que faciliten la renovación del pacto keynesiano, con los aditamentos y transformaciones que sean necesarios, que tan buenos efectos tuvo sobre el crecimiento y el bienestar de los países que lo “suscribieron”. Ello es así porque para que un pacto sea viable no sólo hace falta que lo sean sus fundamentos, sino que también es necesario que se dé la correlación de fuerzas adecuada que haga que nadie, ningún agente económico, tenga más que ganar fuera que dentro del pacto. Eso significa que, en última instancia, el elemento determinante de que al final triunfe una u otra forma de capitalismo, más y menos compasivo, más o menos competitivo, depende de algo, cual es el poder, escasamente tratado desde la órbita de la Economía.

De manera algo inusual para un economista, poco acostumbrado a tratar con el poder, salvo en la forma, minoritaria y anormal —tal es así que se considera como una imperfección— del poder de mercado

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

vinculado a la teorías del oligopolio y del monopolio, la constatación del papel del poder en el funcionamiento de las relaciones económicas llevará a que David Anisi se embarque en un nuevo recorrido intelectual y analítico en un campo en el que, como él mismo reconoce, se adentrará de la mano de dos economistas de la talla de John K. Galbraith, a quien Anisi dedicará el libro en el que analiza el poder desde una perspectiva económica, y Kenneth Boulding³⁴.

Jerarquía, mercado y valores. Una reflexión económica sobre el poder, publicado en Alianza Editorial en 1992, empieza con una reflexión sobre la ubicuidad del poder. En las palabras del autor: “Vivimos rodeados de poderes. A veces los sentimos sobre nosotros mismos u observamos cómo se aplican sobre los otros. También los ejercemos” (p. 11). Poder que se ejerce de distintas maneras y que responde a distintas causas, pero que en todos los casos, desde la perspectiva del autor, se refleja en la capacidad de los ejercientes del poder de disponer directa o indirectamente del tiempo de aquellos sobre los que se ejerce éste. Desde esta perspectiva, el poder se podría medir como el “número de horas de tiempo de los otros dedicadas a cumplir los deseos de un individuo. De esta forma la capacidad abstracta de movilizar a los otros se perfila como la capacidad concreta de usar el tiempo de los demás para los propios fines” (pp. 13-14).

A nadie se le ocultará que esta forma de concebir el poder engarza con Karl Marx y su teoría de la explotación. Si bien, en tanto que Marx se centra en el análisis de las relaciones de poder dentro del proceso de producción, el objetivo de Anisi es sentar las bases para su generalización a otros ámbitos de las relaciones e instituciones sociales. Para David, los individuos pueden dar su tiempo a otros por distintas *motivaciones* —razón por la que un individuo acepta someterse a un espacio de poder— y para cumplir diferentes *finalidades* (actividad de la propia organización). Pueden darlo cumpliendo órdenes, pueden otorgarlo a cambio de algún tipo de remuneración o trueque, o pueden ofrecerlo porque están convencidos o persuadidos de que ello es lo mejor que pueden hacer, lo que hay que hacer.

Como economista, David no puede dejar de identificar estas tres formas de ejercicio del poder con las tradicionales tres formas

de resolver el triple problema económico (qué producir, cómo producirlo y para quién producirlo): jerarquía (orden y mando), mercado (compro y vendo) y valores (convenzo y persuado).

Las instituciones sociales se pueden entender como construcciones que tienen la finalidad de organizar el tiempo de las personas que las integran. Cada una de ellas utiliza una combinación de los tres sistemas de ordenación posibles: jerarquía, mercado y valores. Lo que distingue a unas de otras es el grado en el que se utilizan las distintas formas de ejercicio del poder. Por ejemplo, en el ejército prima el sistema jerárquico basado en las órdenes; si bien es fundamental para su efectividad el convencimiento (“patriotismo”) de la clase de tropa, del mismo modo tampoco le viene mal para su motivación a los efectos de alcanzar sus objetivos contar con algún sistema de incentivo monetario, ya sea la soldada o el saqueo³⁵. En la familia, por el contrario, el sistema básico de control y organización se basa en la persuasión, asociada al hecho de compartir una base genética y un conjunto de valores comunes centrados en el altruismo, la solidaridad, el respeto y cariño mutuo, etc. Por último, podría pensarse que la empresa es la institución característica del uso del intercambio, del mercado, como forma de motivación. Sin embargo, eso, que es válido como relato de las relaciones de la empresa con otras o con los consumidores, no lo es, como señalaba Ronal Coase en su seminal artículo “La naturaleza económica de la empresa”³⁶, como relato de su funcionamiento interno, ya que internamente la empresa utiliza la jerarquía, la planificación y el convencimiento como elemento central de ejercicio del poder. Obviamente, la motivación material es el vínculo dominante de la relación entre la empresa y sus trabajadores, pero, y este *pero* es muy importante, una vez que el trabajador traspasa las puertas de la empresa, el vínculo dominante pasa a ser la jerarquía, reflejada en las órdenes e instrucciones que recibe en su trabajo diario.

Sin lugar a dudas, este libro marca un antes y un después en la reflexión intelectual del autor y en su concepción del mundo y de la teoría económica. Constituye su obra básica como economista político y pasa a informar sus sucesivas excursiones en cualesquiera campos de la economía que realice en el futuro. Tras ella, Anisi deja de ser un economista para convertirse un economista político.

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

Jerarquía, mercado y valores es una especie de plano, de mecano general conceptual que pretende proporcionar el instrumental analítico necesario para entender cualquier sociedad histórica. Por ejemplo, una economía de mercado, tal y como la conciben los economistas teóricos³⁷, no es sino una "sociedad" en la que todas las instituciones utilizan el mercado-intercambio como sistema de ejercicio del poder, de forma extensiva y única, y donde la finalidad de los que se dedican a la producción es maximizar beneficios. Sin embargo, no ha habido ni habrá ninguna sociedad de mercado que sea una economía de mercado en esos términos. El esquema del libro de Anisi ofrece un método para entender la riqueza institucional de estas sociedades y el cambiante papel que tienen en ellas los distintos sistemas de ejercicio de poder. Reniega así de la extensión de las herramientas y de la lógica del mercado a otros ámbitos sociales, como hace la llamada Economía política moderna.

Para terminar, hay que señalar que en cierto sentido *Jerarquía, mercado y valores* es una obra abierta e inconclusa, como quizá refleja, cual si de un acto fallido se tratara, la ausencia de conclusiones en el libro, que finaliza de una forma un tanto abrupta. Leyéndola uno se queda seducido por la sagacidad del autor y la riqueza del esquema analítico que propone, pero, al margen de la multitud de ejemplos cotidianos que ofrece el texto, se echa de menos que el autor ponga en marcha el mecanismo desplegado en el mismo, para entender, puesto que de una teoría general se trata, qué explicaciones y qué predicciones se derivan de ella. Ciertamente David exploró este análisis en su segundo ejercicio de oposiciones a cátedra en la Universidad de Salamanca, cuando con la ayuda de la matemática de la Teoría del Caos construyó un modelo de sociedad económica donde se simulaban los mecanismos de uso del poder que había explorado en *Jerarquía, mercado y valores*. En ello mostró una vez más su originalidad, pues llegó de forma autodidacta a ese tipo de modelizaciones, desconocidas en la España de la época, y que ahora se han convertido en uno de los campos punteros en investigación social en lo que se conoce como *artificial societies*³⁸, línea de investigación desarrollada en la actualidad en el Instituto de Santa Fe (<http://www.santafe.edu/>).

DAVID ANISI COMO ECONOMISTA MORAL

No es una coincidencia que los tres libros de mayor repercusión pública de David Anisi, *Trabajar con red* (1989), *Jerarquía, mercado y valores* (1992) y *Creadores de escasez* (1995), se publicaran por la prestigiosa Alianza Editorial “fuera de colección”. No sabemos si con buen o mal criterio, pero los editores consideraron que había algo en estos libros que los hacían especiales, que no encajaban con otros libros de la editorial, ya fueran especializados o de divulgación, de economía, de sociología o de pensamiento. Tanto su forma, como su contenido y sus propuestas son claramente panfletos morales, panfletos en el mejor y clásico sentido de la expresión³⁹, el que informaba los escritos de los “economistas” morales de los siglos XVII y XVIII. No es de extrañar así que la recepción académica de estos libros fuera tibia en el mejor de los casos. Los dos años que transcurren desde la publicación de *Tiempo y técnica* en 1987, un libro esencialmente académico, hasta la publicación de *Trabajar con red* en 1989 reflejan una transformación en los objetivos, medios, formas y perspectivas del autor. No es que no siguiera, como se ha visto con anterioridad, dedicando parte de su tiempo a la academia y sus preocupaciones, pero no cabe duda de que cada vez se encontraba más alejado de ella; paradójicamente, ello se produce en las fechas en las que alcanzaba la condición de catedrático en la Universidad de Salamanca y, por lo tanto, su consagración como académico. Este nuevo enfoque se mantendría y reforzaría hasta su prematura muerte.

Ciertamente, en otras ocasiones a lo largo de su vida como escritor-economista David Anisi había hecho uso de las parábolas para transmitir ideas y razonamientos económicos. Un buen ejemplo de ello son los artículos que entre 1989 y 1990 publicó en *La Gaceta de los Negocios*, algunos de los cuales se reproducen en este volumen. En todo caso, lo que en este momento nos interesa resaltar es que la deriva hacia esta forma de expresión y transmisión de ideas se acelera con el paso del tiempo, rompiendo las separaciones de antaño y apareciendo de forma más o menos explícita incluso en sus trabajos de corte más académico. Este cambio se observa tanto en los contenidos como en las formas. Empezando por estas últimas, frente a los

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

escritos académicos caracterizados por su tono mesurado, sus descripciones objetivas y su apelación a la racionalidad, en su faceta de economista moral David Anisi gusta, desde la pasión, de hacer comprender sus argumentos apelando a la sensibilidad y los sentimientos del lector, buscando su identificación con él desde una vertiente más emotiva que racional, pretendiendo que el lector reflexione o contemple el mundo desde su subjetividad, entendiéndolo, eso sí, gracias a los instrumentos y argumentos que el autor le proporciona. A este respecto es paradigmático el último de sus libros publicados: *Cuentos económicos* (editado en 2005 por la Universidad de Salamanca), donde apuesta decididamente por un método de expresión en forma de breves apólogos, donde recrear libérrimamente algunos de los más afamados cuentos de Perrault, Andersen y otros, para transmitir las piezas más relevantes de su ideología y perspectiva económica, paradójicamente, con toda la crueldad de la que a menudo hacen gala los cuentos. Como señala en el prólogo del libro: “En estos días en que tanto proliferan los malos cuentistas, nos cabe la afortunada posibilidad de volver a los buenos clásicos e inspirarnos en ellos para relatar de forma peculiar los sucesos de nuestro mundo”.

Sólo cabe especular sobre por qué David Anisi se decantó crecientemente por esta forma expositiva, con las limitaciones conceptuales que ello implica —recordemos que esta vía apologética elude el racionamiento deductivo, no exige complejas argumentaciones, las cuales se sustituyen por imágenes y sensaciones, favoreciendo al sentimiento sobre la razón—. Una primera explicación es el gusto personal que todos quienes le conocieron saben tenía por esta forma de relatar, y que hacía de él un excelente narrador de historias. Pero hay algo más y más profundo que explica ese cambio, ya que el gusto por lo narrativo siempre estuvo en él presente. La razón que aquí apuntamos está vinculada a su desarrollo intelectual y a su historia personal.

David no era un intelectual encerrado en una torre de marfil. Por el contrario, siempre tuvo presente la recomendación implícita en la undécima tesis sobre Feuerbach de uno de sus viejos maestros, Karl Marx: no bastaba con interpretar el mundo, era necesario transformarlo. Para un trabajador intelectual, transformar el mundo va asociado a convencer a otros de que se pongan a esa tarea, para

motivarles. Siguiendo su propio esquema del poder, en este caso el poder para transformar el mundo de las relaciones sociales, de los tres caminos posibles de *motivación*: el mercado, la jerarquía y los valores, el primero de ellos era obviamente absurdo, ¿cómo comprar voluntades para que se alejen de un mundo crecientemente dominado por las relaciones de compra-venta? El mundo de la jerarquía estaba relativamente abierto y David Anisi lo transitó en su vida académica con sus publicaciones y sus incursiones en el campo de las propuestas de política económica, como se ha señalado en el bloque anterior, aunque ciertamente su posición marginal dentro de la academia le restaba posibilidades de acción por este camino. En pocas palabras, se puede decir que David Anisi tenía muchos seguidores, pero no creó una escuela desde la que poder ejercer ese poder. Quedaba, por lo tanto, una tercera vía que, a mayores, era muy gratificante para él en la medida que le daba un contacto personal y directo, sin intermediarios, con las gentes⁴⁰. Nos referimos a los valores, la capacidad de convencer y sumar voluntades a un objetivo común. Para ello era necesario utilizar un lenguaje y unas formas de expresión a un nivel que pudiera ser entendido y asimilado por cuanta más gente mejor. Ello explica que en sus últimos años menudearan sus apariciones en radio, conferencias, colaboraciones en prensa local y en el mundo del ciberespacio. En este último ámbito destacan las conocidas como “homilías de los lunes”, que, como su propio nombre indica, eran prédicas que cada lunes “colgaba” en su página web⁴¹.

A quienes de salida adopten una actitud despectiva ante esta forma de ser economista y hacer economía hay que recordarles que, como bien señaló el nobel de Economía George J. Stigler (1911-1991), en su artículo “El economista como predicador”⁴², los economistas, en el fondo, tienen mucho de predicadores⁴³.

Tras esta interpretación del cambio experimentado en su forma de expresión y comunicación queda abordar cómo ha cambiado el fondo, si es que lo ha hecho. Pues bien, en su faceta como economista moral, David no deja, como era de esperar, las preocupaciones que como economista académico y político habían informado toda su trayectoria. El problema del desempleo y la desigualdad seguirán apareciendo repetidamente también en esta

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

su última fase creativa. Pero como economista moral aparecen nuevos contenidos, desde la importancia del respeto, las preocupaciones ecológicas, la visión social de la vejez, la manipulación de gustos, la desinformación, el olvido de lo colectivo sometido por lo privado y también por lo público-estatal, los contenidos que puede adoptar la libertad, etc. Un complejo temático que esconde, sin embargo, un hilo conductor que informa cada una de las tomas de posición en cada uno de los temas tratados: la recuperación de las relaciones individuales de comunidad (a la Marglin⁴⁴) sin la subordinación ni a las relaciones de mercado ni a las relaciones intermediadas por las relaciones públicas estatales-administrativas como medio idóneo para que, superando en positivo el Estado de bienestar, se alcanzaran las condiciones que posibilitaran estar bien, la felicidad. En este sentido la Economía moral supone una liberación a las rígidas delimitaciones metodológicas que impone la ciencia económica. Sin lugar a dudas, por ello mismo, David Anisi, en los años que vivió en el siglo XXI, acabó siendo un economista moral del siglo XVII.

UNA CODA FINAL: DAVID ANISI COMO DOCENTE

Siendo este libro una antología de las obras de David Anisi, no era sino natural que en su introducción nos centráramos en la obra escrita del autor. Ello, sin embargo, no debe ocultar que David fue siempre y ante todo un docente; un excelente docente, como saben muy bien no sólo sus alumnos de la Universidad Autónoma de Madrid (1973-1991) y de la Universidad de Salamanca (1991-2008), universidades entre las que prácticamente a medias repartiría su docencia, sino también sus seguidores dentro y fuera de la profesión y hasta sus detractores.

Cuando ya sabía de su próximo, anticipado e inevitable final, David Anisi comentó medio en broma, medio en serio que al final se iba a librar de Bolonia. Esa reforma que tanto hubiera chocado con su método y forma de impartir la docencia. Y ello no por el fondo, ya que sus clases siempre fueron participativas, plagadas de referencias cruzadas, respaldadas de lecturas, basadas en la generación de interés. Pero, eso sí, siempre desde una posición ajena al coleguismo

y al clientelismo —la consideración del alumno como cliente, como si estuviera comprando carne picada en una salchichería, que poco a poco se adueña de nuestras universidades—.

David no vendía conocimientos. A la manera socrática David estimulaba la asimilación de conocimientos provocando a los estudiantes, obligándolos a que despertasen de la modorra dominante. Quienes esto escribimos recordamos cómo a veces volvía indignado de alguna clase comentándonos que los había puesto de vuelta y media —a sus alumnos— para al poco rato ver cómo lentamente llegaban muchos de ellos al despacho a disculparse por su apatía, a justificarse por su distancia.

Rigor, pero también cercanía; exigencia, pero también complicidad, como lo demuestra su clara, ilusionada y activa implicación en la recién creada Facultad de Economía y Empresa, incluyendo sus aspectos más lúdicos. Qué mejor ejemplo de esta complicidad que su participación, disfrazado de juglar-coplero ciego de la España de pícaros y romanceros, en una de las fiestas de la Facultad, su Facultad, de Salamanca.

A aquellos que quieran acercarse, aunque sea por mediación del papel escrito —o el hipertexto—, a la forma de narrar Economía de David les recomendamos el texto que, con el título “Economía: la pretensión de una ciencia”, leyó en la lección inaugural del curso 2006-2007 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. Un texto éste que esperamos sirva, siquiera parcialmente, para transmitir esa vivencia y esa visión tan personal de David de la Economía y su docencia, en estos tiempos de mudanza.

NOTAS

1. Esta crítica nos recuerda las palabras del conocido escritor y columnista estadounidense Robert Kuttner, recogidas en el también conocido libro de Arjo Klamer y David Colander: *The Making of an Economist* (Westview Press, Boulder, 1990), al señalar: “Los Departamentos de Economía están licenciando a una generación de *idiot savants*, brillantes en esotéricas matemáticas y sin embargo inocentes en lo que se refiere a la vida económica real”.
2. Si bien, hay que señalar que lo usara, en su ensayo *Occasional Discourse on the Negro Question*, para referirse a la defensa de la esclavitud (Carlyle, 1850).
3. Véase, por ejemplo, Bruno Frey y Katjia Rost: “Do rankings reflect research quality?”, *Journal of Applied Economics*, vol. 13, n.º 1, 2010, pp. 1-38.

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

4. Recordamos aquí la idea de "dinero grande, dinero pequeño" que aparece en la película *América, América* (1963) del realizador Elia Kazan, basada en una novela autobiográfica del mismo autor.
5. Por supuesto, el grado de importancia de las relaciones mercantiles y comerciales fue creciendo paulatinamente y aceleradamente a lo largo del periodo que va desde el siglo XII hasta el XVIII. William J. Bernstein, en *Un intercambio espléndido* (Ariel, Barcelona, 2010), ofrece una asequible y excelente panorámica de este proceso de mercantilización de la vida económica.
6. Edward Palmer Thompson: "La 'economía moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.
7. Una elaboración moderna de esta perspectiva se puede encontrar en Stephen Marglin: *The Dismal Science. How Thinking Like an Economist Undermines Community*, Harvard, Cambridge, 2009.
8. Nadie podría acusar a los grandes economistas de la época clásica como Smith, David Ricardo, Thomas R. Malthus, James Mill, John Stuart Mill y otros, así como los que le sucedieron a finales del siglo XIX, como William S. Jevons, Karl Menger, Leon Walras, Francis Y. Edgeworth, Alfred Marshall o Wilfredo Pareto, de ser inmorales o no comportarse con arreglo a criterios éticos estrictos y exigentes. La defensa por parte de estos autores de la libertad económica individual y de la persecución del propio interés, que aconsejaban como regla general, hay que entenderlas precisamente en ese contexto, el de unos individuos que —presumían— serían como ellos, de tal forma que su comportamiento se atendería a las reglas de la mayor exigencia ética, tal y como ellos mismos las seguían. Como una vez señalara Tibor Scitovsky: "El hombre económico, cuyo comportamiento analizaron los economistas británicos, no era, como los críticos pensaban, un bruto sin principios; por el contrario, ellos lo modelizaron a su imagen y a la de sus amigos, a la imagen, pues, de un perfecto *gentleman* inglés de un honor irreprochable que siempre perseguiría su propio interés dentro de los límites de la decencia y el decoro" (*The Economist*, 139, 1991).
9. Frente a los economistas políticos que tienen consciencia de ser economistas —ya para los fisiócratas franceses se habla de la "secta" de los economistas— y escriben libros estructurados a la manera de tratados, los economistas morales son un grupo inconexo que usan de opúsculos y panfletos para transmitir sus ideas.
10. *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*, Princeton University Press, Princeton, 1977. En este libro se describe magistralmente la sorpresa que supuso el descubrimiento de que las normas reguladoras a partir de la moral no eran necesarias, sino que podrían ser contraproducentes para el desenvolvimiento armónico de las sociedades conforme se implantaba en mayor grado la economía de mercado.
11. Ha de señalarse encarecidamente que aquí no se está presentando más que un bosquejo en cierta medida caricaturesco de lo que realmente es una posición que es muchísimo más matizada. Y esto para todos los autores. Y quizás, esto haya de decirse respecto a Adam Smith más que para ninguno, pues junto con el sambenito de ser el padre intelectual de la Economía se le asocia con la defensa de la persecución egoísta y desenfrenada de los propios intereses en el seno del capitalismo más duro y descarnado. Pues bien, ese mismo Adam Smith es autor de una pieza básica de la reflexión ética, la *Teoría de los sentimientos morales*, en la que defiende la existencia de una *simpatía* innata de los seres humanos, los unos respecto a los otros.
12. Si bien, al así proceder no sigue sino los planteamientos metodológicos de John Neville Keynes, y lo hace de una manera nada radical, pues Marshall, a

INTRODUCCIÓN

diferencia de sus continuadores, siempre sostuvo —como los viejos economistas políticos— la necesidad de insertar la teoría económica en la política práctica.

13. Tan es así que, en la actualidad, el término de Economía política tiene una cierta connotación de “secta” para la mayoría de economistas. Y, ciertamente, hoy es utilizado preferentemente por economistas radicales (neorricardianos y marxistas), aunque también se ha hablado de Economía política en algunos ámbitos de la llamada Economía del Desarrollo y del estudio de las relaciones internacionales. Recientemente, sin embargo, ha aparecido una escuela que acepta definirse así y comparte denominación con esos economistas, aunque no sus intenciones, y que se centra en el análisis del comportamiento político con las herramientas tradicionales de los economistas neoclásicos: comportamiento racional y maximización de la utilidad de los agentes.
14. En presencia de externalidades, bienes públicos, asimetrías de información y rendimientos crecientes a escala.
15. Las únicas intervenciones aceptables de tipo activo serían las que tuviesen por objetivo producir los bienes que por sus características los mercados no pueden producir: los bienes públicos; el resto serían de tipo “pasivo” dirigido a “crear” mercados —por ejemplo, los mercados de permisos de contaminación—, hacerlos más competitivos, o aumentar su eficiencia —mediante sistemas de impuestos y subsidios para afrontar las externalidades o facilitando la producción y diseminación de información—.
16. Véase “Neoclásica, economía”, en E. Esteve y R. Muñoz de Bustillo: *Conceptos de Economía*, Alianza Editorial, Madrid, 2005 (disponible online en <http://web.usal.es/~bustillo/Versionweb3.pdf>).
17. No hay que confundir a los economistas de la escuela postkeynesiana con los llamados *neokeynesianos*, que se han centrado en el análisis de las rigideces de los mercados, tanto en salarios como en precios, como forma de profundizar la conexión macro-micro. Realmente, estos economistas neokeynesianos representan una nueva versión de la SNK, sólo que ahora las rigideces e ineficiencias que justifican los problemas agregados tienen un origen distinto: la existencia de ineludibles costes de transacción, así como las asimetrías e ineficiencias en la producción y distribución de la información que dan origen a la existencia de múltiples equilibrios.
18. Véase “Postkeynesiana, economía”, en E. Esteve y R. Muñoz de Bustillo: *Conceptos de Economía*, Alianza Editorial, Madrid, 2005 (disponible online en <http://web.usal.es/~bustillo/Versionweb3.pdf>).
19. No es posible minusvalorar el cambio que se desarrolla en estos años en la Economía y en la forma de entender el mercado. La existencia de una herramienta y un lenguaje compartido de análisis, unas “buenas formas” de debate académico, un sentido de “comunidad”, en definitiva, desaparece y la academia se transforma en un espacio donde el keynesianismo está prácticamente proscrito. En estos tiempos que vivimos en la actualidad, donde cada día se descubre a un “nuevo nacido en Keynes”, es difícil creer que, hace tres décadas, la visión keynesiana había convertido a los economistas keynesianos en una curiosidad científica, un anacronismo social y poco menos que una *boutade*; en definitiva, una especie a extinguir.
20. Agradecemos a Luís María Bilbao Bilbao que nos haya proporcionado este documento, ya apercaminado por el paso del tiempo, pero todavía útil para el mejor conocimiento de la evolución intelectual y posicionamiento teórico de David Anisi.
21. En la segunda y posteriores ediciones, el libro cambiaría su subtítulo por el más adecuado de *Una interpretación de la macroeconomía*.

RAFAEL MUÑOZ DE BUSTILLO Y FERNANDO ESTEVE

22. Existen incontables chistes que hacen referencia a esta facilidad de los economistas para decir solemnemente cosas diametralmente opuestas, como dice uno de ellos: "La Economía es el único campo en el que dos personas pueden obtener el Premio Nobel por decir uno exactamente lo contrario del otro".
23. No de los antiguos como el de W. Branson o el de G. Ackley. Tradición en la que se situaría así el texto de David Anisi (William H. Branson: *Teoría y Política Macroeconómica*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1979; Garner Ackley: *Macroeconomía: Teoría y política*, UTEHA, México, D.F., 1965).
24. Nos referimos al tiempo que cada uno tiene cada día, 24 horas, no al tiempo total de vida, que, obviamente, es distinto entre las personas.
25. Las reflexiones de David sobre el estatus metodológico de la Economía aparecen expresadas *in extenso* en la lección inaugural que tuvo ocasión de pronunciar en la inauguración del curso académico 2006-2007 en la Universidad de Salamanca: "Economía: la pretensión de una ciencia" (el texto está disponible en el número 1 de la *Revista de Economía Crítica*, de acceso libre en http://revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n7/9_economia_La_pretension_de_una_ciencia.pdf).
26. "La posibilidad actual de un nuevo pacto keynesiano", en Rafael Muñoz de Bustillo (ed.): *Crisis y futuro del Estado de bienestar*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp. 241-272.
27. Poniendo en peligro al tipo de beneficio, lo que a su vez repercutiría en una caída de la inversión y mayores necesidades de gasto público para el mantenimiento del pleno empleo.
28. Michal Kalecki: "Political Aspects of Full Unemployment", *Political Quarterly*, vol. 14, 1943.
29. "Pleno empleo: el núcleo del Estado de bienestar", *Ekonomiaz*, nº 42, 1998, pp. 10-31.
30. Nos referimos a "El reparto del trabajo", publicado por ICE en 1996, recogido en este volumen, y a "La reducción de la jornada de trabajo: una evaluación teórica", publicado por la Federación de Cajas de Ahorros Vasco-Navarras en 1998.
31. La situación cambiaría en una visión a largo plazo: "No es que desdeñe la reducción de la jornada de trabajo como un objetivo a lograr en el largo plazo, pero ese tema tendrá que ser necesariamente debatido en el seno de la Comunidad Europea hasta conseguir un acuerdo que pueda aplicarse de forma general al conjunto de los países miembros, y eso puede tardar bastantes años" (1995, p. 137).
32. *Creadores de escasez*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
33. "La parte del salario canalizada mediante los impuestos [...] asegurará un mayor nivel de vida, o tal vez mejor dicho, una progresiva mejora en la calidad de vida: transportes públicos cuidados, guarderías infantiles gratuitas y bien dotadas, atención domiciliaria a ancianos o discapacitados, parques y jardines atendidos y vigilados, mantenimiento del patrimonio artístico y facilidades en cuanto a su acceso, limpieza y adecuación de costas y ríos, peatonalización de los centros históricos, vigilancia sobre la emisión de sustancias contaminantes o ruidos..., todo lo que aumenta, en fin, nuestra calidad de vida y refuerza nuestro derecho a la apacibilidad y a la relación humana y que no puede conseguirse en el mercado" (1995, p. 129).
34. Nos referimos a la *Anatomía del poder*, de John K. Galbraith, publicado en España por la editorial Ariel en 1983, y a *Las tres caras del poder*, de Kenneth E. Boulding, Ediciones Paidós, 1993.
35. En los ejércitos modernos se puede observar un cambio de la motivación centrada en los valores a la motivación de tipo material, basada en la paga. Ello es

INTRODUCCIÓN

- especialmente cierto en lo que se refiere al creciente uso de "contratistas civiles" que caracteriza las guerras posmodernistas del siglo XXI.
36. "The Nature of the Firm", *Economica*, vol. 4, nº 16, 1937, pp. 386-405.
 37. Nos referimos a los teóricos del equilibrio general competitivo.
 38. Véase, por ejemplo, J. M. Epstein y R. Axtell: *Growing Artificial Society: Social Science from the Bottom Up*, The Brookings Institution Press y MIT Press, Washington D.C., 1996.
 39. No en vano, uno de sus libros, *Trabajar con red*, lleva como subtítulo *Un panfleto sobre la crisis*. Dice David Anisi en su prólogo: "Me he preguntado durante diez años qué era eso de la crisis [...] Aquí está el resultado. Es posible que alguien, benevolente, lo califique de ensayo. Yo prefiero, con toda dignidad, denominarlo panfleto".
 40. David suscribía enteramente la opinión de que la Economía en sus pretensiones de ciencia había incurrido en un proceso que podemos llamar de *babelización* en el sentido de que sus construcciones ocultaban más que revelaban. Anisi habría suscrito enteramente o con gusto aquella regla metodológica del Memorial Nobel de Economía Paul Samuelson, al señalar que no era economía aquello que no se podía explicar a tu portera.
 41. Véase <http://web.usal.es/~anisi/Fin%20de%20Semana.htm>
 42. *The Economist as Preacher, and Other Essays*, University of Chicago Press, Chicago, 1982. Existe traducción al castellano en Orbis.
 43. Señalemos a modo de ejemplo que dos de los últimos y más reputados premios Nobel de Economía, Paul Krugman y George Stiglitz, han recorrido un camino similar al abandonar prácticamente la exposición académica y dedicar sus esfuerzos al convencimiento y al activismo utilizando vías más populares de comunicación. Es de resaltar que tal cambio les ha supuesto pasar de miembros muy respetados del *establishment* académico a ser despreciados por él mismo. ¡Curiosa forma esta de discriminación intelectual!
 44. Stephen A. Marglin (2008), *op cit.*

